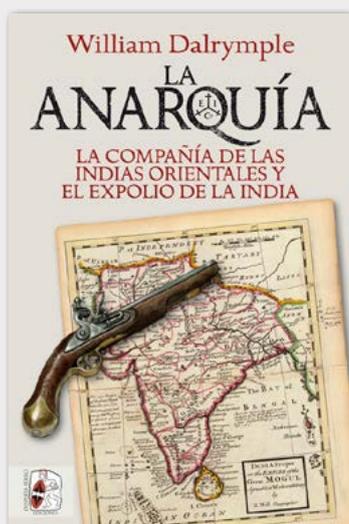


La (despiadada) madre de todas las corporaciones

Explotación laboral, *lobbying*, sobornos, rescates públicos cuando pintan bastos... son conceptos a los que las corporaciones actuales nos tienen tristemente acostumbrados, pero distan de ser nuevos. Hace tres siglos, la Compañía de las Indias Orientales no solo inauguró muchas de estas prácticas, sino que las implantó *manu militari*. Con su ejército privado, esta empresa conquistó la India para convertirse en la primera potencia económica del mundo.



La anarquía. La Compañía de las Indias Orientales y el expolio de la India
978-84-122212-7-5
512 páginas + 48 en color
15,5 x 23,5 cm
Rústica con solapas
P.V.P. 27,95 €

En 1765, la Compañía de las Indias Orientales derrocó al joven emperador mogol y puso en su lugar un gobierno controlado por mercaderes ingleses que extorsionaba impuestos merced a su ejército privado. Fue este el momento que señaló la transformación de la Compañía de las Indias Orientales en algo muy distinto a una empresa: una corporación internacional pasó a ser un agresivo poder colonial. Durante el siguiente medio siglo, la Compañía continuó extendiendo su poder hasta que prácticamente toda la India al sur de Delhi era controlada desde un despacho londinense. Un periodo de caos, corrupción y violencia denominado por sus contemporáneos como la Anarquía. William Dalrymple, autor del aclamado *El retorno de un rey*, cuenta en *La anarquía. La Compañía de las Indias orientales y el expolio de la India* cómo el Imperio mogol, que había dominado el comercio y la manufactura mundiales, y que poseía recursos casi ilimitados, se derrumbó y fue reemplazado por una corporación multinacional enclavada a miles de kilómetros al otro lado del mundo. Una corporación que respondía a unos accionistas que jamás habían estado en la India y que no tenían la menor idea del país cuya riqueza les reportaba jugosos dividendos – no es coincidencia que, como indica en las primeras líneas del texto, una de las primeras palabras del hindi incorporadas al inglés fuera *loot*, «saqueo»–. A partir de fuentes inéditas, Dalrymple narra la historia de la Compañía de las Indias Orientales como nunca se ha hecho: una historia sobre los devastadores resultados que puede tener el abuso de poder por parte de una gran corporación, y que resuena amenazadoramente familiar en nuestro siglo XXI de todopoderosas empresas transnacionales.

2020 – Mejor libro del año para *The Wall Street Journal* y *National Public Radio*

2020 – Finalista del premio Cundill History

2020 – Medalla de bronce del premio Arthur Ross



William Dalrymple es un reconocido historiador y escritor escocés, miembro de la Royal Society of Literature y de la Royal Asiatic Society y autor de obras tan relevantes como *El último Mogol*, *La ciudad de los djinns* o *El retorno de un rey*. Sus libros han recibido numerosos premios y galardones, entre ellos el Duff Cooper Memorial Prize, el Thomas Cook Travel Book Award, el Sunday Times Young como escritor británico del año, el Hemingway, el Kapuściński y los Premios Wolfson. Ha sido cuatro veces candidato, y una preseleccionado, para el Premio Samuel Johnson de no ficción.

En librerías el miércoles 2 de junio. Pincha en este [enlace](#) para obtener más información sobre la obra y [aquí](#) para consultar nuestro Catálogo de publicaciones.

Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA



SE HA DICHO SOBRE EL LIBRO

«Un historiador excepcionalmente dotado».
Max Hastings, *Sunday Times*

«El magnífico relato de William Dalrymple en torno a la Compañía de las Indias Orientales es un estudio de caso acerca de lo que puede salir mal, muy, muy mal, cuando las empresas y los líderes carecen de sentido de la decencia».
Ian Morris, *The New York Times*

«Excepcional, una historia vívida y rica [...] quizá la mayor virtud de este desazonador pero entretenido libro no son tanto las preguntas que responde sino las que genera acerca de cómo encajan las corporaciones en el globo, tanto antes como ahora [...] Un libro que debería leer todo el mundo».
The New York Times Book Review

«Dalrymple es un excelente historiador con una comprensión visceral de la India. Un libro de gran belleza».
Gerard DeGroot, *The Times*

«Ciertamente, toda una rareza: un estudioso de la historia que puede escribir de verdad».
Salman Rushdie

«Dalrymple siempre ha estado en vanguardia de la divulgación histórica [...] con énfasis en los personajes y sus acciones, evocadoras descripciones de lugares y momentos y la inclusión de perspectivas olvidadas durante mucho tiempo. El verdadero logro del libro es llevar a los lectores a un relevante y olvidado periodo de la historia británica y del sudeste asiático en un viaje no solo informativo, sino también vívido».
Jason Burke, *Observer*

«Dalrymple investiga como un historiador, piensa como un antropólogo y escribe como un novelista».
Maya Jasanoff, *The Guardian*

«Magnífico. Dalrymple es un historiador dotado para dar claridad narrativa a una historia compleja. Combina un profundo conocimiento del trasfondo en el que se desarrolló la trayectoria de la Compañía con una capacidad impresionante para tejer una gran variedad de voces históricas. *La anarquía* desintegra los mitos que se han establecido alrededor de la Compañía como hicieron los percebes a los cascos de sus buques».
John McAleer, *Evening Standard*

«Dalrymple no ahorra al lector ni un solo sablazo, ni un fraude, ni un gemido, ni un grito de guerra. No tiene rival en la narrativa histórica de la India británica. *La anarquía* no es solo un fascinante relato de engaño y derramamiento de sangre, de inimaginable opulencia y de intolerable inanición. Está atravesado por una insaciable pasión moral».
The Wall Street Journal

«Un adictivo y vigoroso libro que transita de las contadurías a los campos de batalla, y que dinamita mitos patrióticos por el camino. La vivaz y minuciosa prosa de Dalrymple es motivo más que suficiente para devorar *La anarquía*, pero su mayor logro, y el más innovador, descansa en la forma en que asienta los cimientos del auge de la compañía en el turbulento contexto político de la India de los últimos mogoles».
The Guardian

«El autor es un narrador extraordinario. Con sus constantes referencias a los voluminosos archivos de la propia compañía, a cartas y diarios privados, a fuentes en farsi y a relatos de testigos de los acontecimientos, entre otros documentos, Dalrymple crea una atmósfera inmersiva que hace imposible parar de leer».
Washington Independent Review of Books, Favorite Books of 2019

«Magnífico [...] la mayor virtud de este inquietantemente disfrutable libro no es tanto las preguntas que responde, sino las que suscita sobre el papel de las corporaciones en el mundo, tanto antaño como hoy en día [...] El libro de Dalrymple es una lectura impagable para cualquier tipo de lector».
The New York Times Book Review

ENTREVISTA A WILLIAM DALRYMPLE

Su nuevo libro describe el “implacable ascenso” de la Compañía de las Indias Orientales. ¿Qué hizo que esta corporación fuera única?

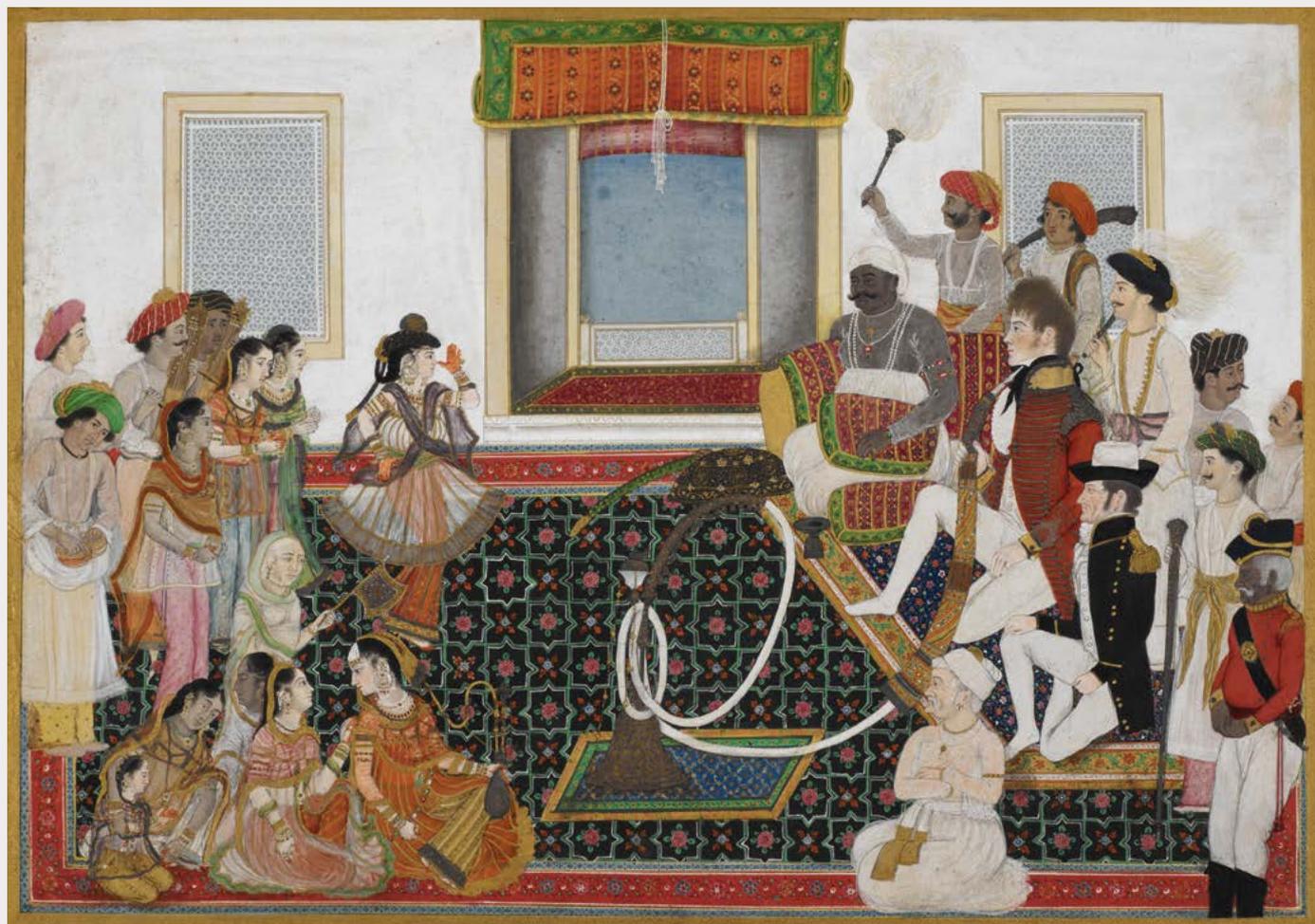
Desde la época en que fue fundada en 1600 hasta su disolución en 1858, la Compañía de las Indias Orientales [CIO] se transformó de una corporación comercial al uso en un gigante imperial. Durante un período de tiempo relativamente corto, sucedió algo de lo más extraño: una única empresa londinense se hizo con el control del Imperio mogol. Esta empresa contaba con un ejército de 260 000 personas que podía derrocar a reyes, conquistar tierras o expulsar por la fuerza a personas de aquellos territorios que quería explotar.

Desde una perspectiva amplia, esta es una historia de opresión colonial. Pero si se considera que las personas que realmente llevaron a cabo la conquista no trabajaban para el Gobierno británico, sino para una empresa privada que operaba desde una oficina

en Londres, todo ello se ve de manera completamente diferente. De repente se convierte también en una historia de corporaciones empresariales: una de saqueo y fraude, de violencia y de irresponsabilidad corporativas. De hecho, muchas de las preocupaciones que tenemos hoy sobre el peligro de las empresas no reguladas surgieron por primera vez con la Compañía de las Indias Orientales.

¿Qué le impulsó a escribir este libro?

La historia del siglo XVIII es lo mío. Es mi cuarto libro sobre la Compañía de las Indias Orientales –*White Mughals* se enmarcó en el Hyderabad de 1795 a 1895, *The Last Mughal* está ambientado en Delhi, de 1856 a 1858, y *El retorno de un rey* trata sobre la invasión de Afganistán por parte de la Compañía, de 1839 a 1842. Esta se ha convertido en mi parcela de estudio, esto es lo que más me fascina, de lo que más sé. Pasé 20 años estudiando eso. Pero, a diferencia de los anteriores,



Mahadji Scindia en Delhi entretiene a dos oficiales británicos (militar y naval) con un *nautch* (ca. 1790). Autor desconocido.

La *anarquía* me permite alejarme de episodios más concretos para plasmar un fresco más amplio. Y este es el primer libro que he escrito que intenta contar ese panorama general, contar esta historia mucho más ambiciosa, tanto de la conquista de la India por parte de la Compañía como de la historia subyacente de la guerra de poder entre el Estado y esta corporación privada.

¡Ha trabajado en ello durante seis años! ¿Dónde ha hecho su investigación?

En el National Archives de Delhi, donde están todos los documentos de la CIO, todo lo que solía estar en Fort William (en Calcuta) se trasladó allí; y en la British Library, en Londres, que tiene más de 50 km de registros de la oficina central de la CIO. El material mogol fue mucho más difícil de recopilar –para eso tenías que ir a lugares como Rampur, Patna, Tonk (obtuve mucho en Tonk)–, y encontrar los manuscritos persas correctos. De entre todo, eso fue lo más difícil, pues es muy sencillo usar los documentos de la Compañía –la redacción es muy clara, se lee con mucha facilidad y se comprende bien–, pero la parte realmente difícil de obtener fue el lado mogol del relato.

Comienzas *La anarquía* señalando cómo la palabra inglesa *loot* proviene del término indostánico “saquear”. Pero algunas personas en la India y Gran Bretaña creen que los ingleses concedieron a las colonias el regalo del idioma inglés. ¿Es esa narrativa un sesgo de la historia?

Todos los imperios involucran a un grupo de personas que domina a otro grupo de personas; todos los imperios son violentos; todos los imperios tienden a ser extractivos. La historia de la Compañía de las Indias Orientales muestra que cuando los británicos llegaron por primera vez a la India, no lo hicieron como un Estado conquistador. Llegaron mediante esta inesperada forma de empresa comercial, que luego se militariza. Pero la Compañía, desde que comienza a conquistar territorio indio, no tiene otro objetivo que el lucro. La idea de que los británicos fueron a la India para otorgar ferrocarriles, el idioma inglés, el cricket y el té es un giro victoriano posterior, que no tiene ninguna realidad histórica.

La Compañía obtuvo jugosas ganancias comercializando textiles mogoles, y descubrió que podía ganar aún más mediante la conquista de territorio indio, cobrar impuestos a sus habitantes y no tener que gastar ningún dinero en comprar los bienes que luego vendían. Lo que no quiere decir, obviamente, que no hubiera beneficios para los colonizados. El dominio romano fue también extractivo en Hispania durante los primeros siglos después de las conquistas,

fue increíblemente brutal y conllevó masacres de los nativos, pero introdujeron a cambio ideas sobre ley, el latín y mucho más. Así que puedes ganar cosas, en cierto sentido, accidentalmente, al ser conquistado por un imperio, pero ese nunca es el objetivo del conquistador.

La CIO fue en muchos sentidos un desastre para Bengala, que pasó de ser la principal economía del mundo a verse despojada de sus activos, expoliada y saqueada. Dicho esto, en 1947, India tenía las mejores comunicaciones, educación y atención médica de Asia. Cuando los británicos llegaron por primera vez a la India, producían el 3% del PIB mundial, mientras que el Imperio mogol controlaba el 37%; esa cifra se invirtió, más o menos, cuando los británicos se fueron, por lo que no hay duda de quién ganó más: sea lo que sea lo que obtuvo la India, Gran Bretaña ganó mucho más.

¿Cómo se formó la Compañía?

En el centro de todo estaba un grupo de comerciantes decididos y sin escrúpulos. Muchos eran excorsarios caribeños que habían capturado barcos del tesoro españoles bajo el mando de Drake; en el lenguaje moderno, piratas. Pero si se observa la lista de los primeros suscriptores de la CIO, encontrará toda una gama de comerciantes londinenses de clase media-baja que invirtieron pequeñas sumas. Además de los marineros, había vendedores de vino, marroquinos, comerciantes de telas y merceros.

La intención original era competir con los comerciantes de especias holandeses de Indonesia, pero estos eran intratables, por lo que alrededor de la década de 1620 los comerciantes de la CIO recurrieron al plan B: textiles indios. Se trataba de un negocio enorme: la India producía cantidades espectaculares de los mejores textiles del mundo e inundaba los mercados de lugares remotos. Una vez que la CIO saltó a bordo del comercio textil, pasó de ser un pez pequeño tratando de alcanzar a los gigantes holandeses a convertirse en el actor principal: la organización capitalista más sofisticada del mundo.

¿Por qué crees que la CIO pudo volverse más poderosa que cualquier otra empresa que hubiera existido antes?

Era una sociedad anónima, algo completamente nuevo en ese momento. Invención isabelina, este nuevo modelo presentó oportunidades emocionantes, porque por primera vez permitió que las personas se convirtieran en accionistas no ejecutivos. Cualquiera con algo de dinero extra podía invertirlo en una empresa, sin tener ninguna participación en el funcionamiento del negocio. Eso permitió



Palacio de Qudsia Bagh (ca. 1863). Ghulam Qadir se crio durante un tiempo en sus estancias dentro de la corte de Shah Alam. Autor desconocido.

repentinamente la entrada de enormes cantidades de capital. Y los viajes comerciales dependían de elevadas sumas porque suponían un riesgo muy grande: el equivalente actual sería la nave espacial de Elon Musk. Incluso si el viaje tenía éxito, se necesitaba mucho tiempo para recuperar su dinero. Podrías enviar seis barcos a la India, cargados de cañones y marineros, e incluso si el viaje tuviera un éxito fantástico, puede que no recuperaras tu dinero en una década.

Cuando los agentes de la CIO llegaron por primera vez a la India, ¿qué encontraron?

Arribaron al imperio más rico del mundo. En este momento la India estaba dominada por los mogoles, cuyo imperio estaba increíblemente bien dirigido y sofisticado, y controlaba una cuarta parte de los manufactureros de todo el mundo. Gran Bretaña, en comparación, tenía un mísero 3%.

Los británicos estaban deslumbrados, nunca habían visto nada parecido, parecían vulgares paletos en comparación a la majestuosidad de las figuras envueltas en seda de los mogoles. El diplomático inglés sir Thomas Roe describió al emperador mogol Jahangir como, literalmente, vestido de oro, goteando diamantes.

Pero a pesar de toda su sofisticación, a mediados del siglo XVIII, el Imperio mogol comenzó a colapsar. Se fragmentó en pequeñas unidades regionales, a las que la Compañía se dio cuenta de que podía absorber una por una. Mientras que en el pasado los británicos

habrían sido incapaces de enfrentarse a los mogoles, el XVIII fue el siglo de la revolución militar en Europa. La bayoneta y el mosquete habían reemplazado a la pica, y la infantería de línea y la artillería móvil habían tenido su primera aparición. Estas innovaciones crearon formas de hacer la guerra que, cuando se exportaron a la India, cambiaron repentinamente el equilibrio de poder.

Quedó claro que las ganancias podrían venir no solo en forma de efectivo, sino también en porciones de territorio. A partir de la década de 1740, las empresas comerciales comenzaron a transformarse en cuerpos militares mercenarios. Todavía estaban comprando y vendiendo textiles, pero al mismo tiempo estaban desplegando este nuevo tipo de guerra de infantería de línea, entrenando tropas indias (cipayos) e introduciendo artillería móvil a caballo. Con esta nueva tecnología, podrían hacer picadillo a vastos ejércitos de caballería pesada india.

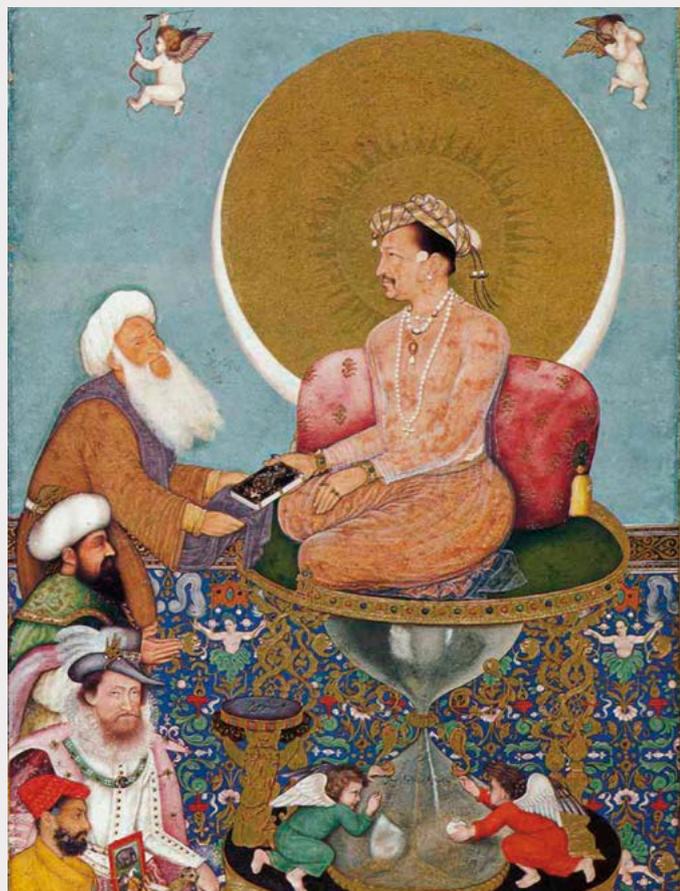
¿Fue esta ventaja militar la clave del imparable ascenso de la CIO?

Sin duda fue un aspecto importante, pero otro era su sólido modelo económico. La Compañía realmente entendió las finanzas y rápidamente encontró una colaboración activa y entusiasta de los financieros indios. En momentos cruciales en los que la empresa estaba amenazada, se salvó mediante préstamos masivos de banqueros indios que sabían que la CIO, por despiadada y depredadora que pudiera haber

sido, respetaba las leyes comerciales básicas. Si un banquero indio le hacía un préstamo a un señor de la guerra maratha, podía suplicar y suplicar, pero en última instancia, no tenía ninguna garantía de que recuperaría su dinero. Pero si llegaba a un acuerdo con la Compañía, podría hacer cumplir legalmente su reclamación. Al final, tenía la ventaja militar además de tener un flujo de caja constante que siempre mantuvo a la empresa a la vanguardia.

¿Cuánto respaldo obtuvo la CIO del Gobierno británico?

A lo largo de este período, los británicos en la India tuvieron una gran rivalidad con los franceses, que tenían bases en Pondicherry y Bengala. Y cada vez que estallaba un conflicto, la Corona votaba para enviar flotas a proteger a la Compañía. Alrededor de una cuarta parte de los miembros del Parlamento eran accionistas de la Compañía y no querían perder sus inversiones. Así, aunque Calcuta, Bombay y Madrás eran estaciones comerciales de propiedad privada, estaban protegidas por la Royal Navy, pagada por la Corona y los contribuyentes británicos. En 1757, cuando el ejército británico derrotó a los franceses en Chandernagore, fueron las tropas de su majestad las que combatieron. Naturalmente, podríamos asumir



que las ganancias se destinarían a la Corona, pero de hecho, se las embolsó la Compañía.

La compañía gastó grandes sumas de dinero para obligar al Estado a intervenir en nombre de sus accionistas. Ya en 1624 se dieron casos de *lobbying* y de soborno a parlamentarios, con un nexo de corrupción por el cual parlamentarios accionistas de la Compañía votaron por medidas que llenaron sus propios bolsillos. Esto significó que (como es el caso de tantas corporaciones hoy en día) los intereses de la Compañía se convirtieron en los intereses del Estado.

¿Estas prácticas deshonestas amenazaron alguna vez con socavar los intereses del Parlamento?

La Compañía sin duda compitió con el Estado británico en varios ámbitos, pero jugaba con una doble baraja. Cuando se vio amenazada por los franceses, le venía bien desempeñar el papel de ser una organización británica que necesitaba protección por parte del gobierno. Pero una vez que se ganó la guerra y se conquistó la tierra, de repente la Compañía dijo: “Esto es nuestro, no tuyo, manos fuera”.

Al igual que con tantas otras corporaciones, como Lehman Brothers, la CIO parecía ser un gigante en un momento determinado y, al siguiente encontrarse en una situación de extrema debilidad. A muchos en Gran Bretaña les preocupaba que una quiebra de la Compañía pudiera arrastrar consigo a la economía del país, de la misma manera que hemos visto recientemente con Islandia. A principios de la década de 1770, las ganancias de la Compañía se hundieron, el precio de las acciones se desplomó y la empresa se vio endeudada por un millón de libras. Fueron, gorra en mano, al Banco de Inglaterra, solicitando un gran préstamo. Pero el banco simplemente no podía desembolsar tanto dinero [Finalmente, la Compañía tuvo que ser salvada por el Estado en uno de los primeros megarrescates financieros de la historia]. Edmund Burke advirtió al Parlamento que, como una víbora en el pecho, la CIO mataría al país que lo nutría.

Jahangir como sultán del milenio prefiere la compañía de los sufíes (1620). Jahangir está sentado sobre su trono y el halo de majestad detrás de él brilla con tanta intensidad que uno de los *putti* tiene que proteger sus ojos del resplandor; otra pareja de *putti* escribe el lema: «¡Alá Akbar! ¡Ojalá tu reinado perdure mil años, oh Rey!». El emperador se vuelve para entregar un corán a un *sufí* y rechaza las manos extendidas del sultán otomano. Mientras, Jacobo I es relegado a la esquina inferior de la escena, debajo de los pies de Jahangir, apenas por encima del autorretrato de Bichitr. Se muestra al rey en un perfil de tres cuartos –un ángulo reservado en las miniaturas mogolas para personajes menores–, con una mirada avinagrada en su rostro por dicha modesta posición en la jerarquía mogola. Obra de Bichitr (siglo XVII).

El debate sobre quién debía dirigir la colonia se prolongó durante el siglo XVIII y principios del XIX. Al final, fue el Estado-nación el que triunfó. En 1857, los errores y desmanes de la Compañía precipitaron el estallido de la rebelión en la India: un millón de personas murieron en la guerra que siguió y el país quedó en una ruina humeante. Este fue el momento en el que el Parlamento finalmente dijo basta y nacionalizó la empresa. La armada de la CIO se disolvió y sus tropas fueron absorbidas por el Ejército británico.

¿Cuán devastadora fue la explotación de la India por parte de la empresa?

Aquí, por primera vez en la historia mundial, se ve algo con lo que estamos familiarizados hoy día: la total falta de escrúpulos y de humanidad de las corporaciones. La CIO operaba exclusivamente para el beneficio de los accionistas; no estaba allí para ganar votos o ayudar a las personas cuando las cosas iban mal.

Un ejemplo de esto fue la hambruna de Bengala de 1770. Bengala había sido anteriormente el granero de la India, pero la Compañía, literalmente, la había despojado de sus medios de producción. Incluso durante la hambruna se enviaron cipayos para mantener los impuestos sobre la renta a su nivel normal. Aunque estuviera muriendo de hambre, la gente tenía que vender su ganado o sus casas, incluso a sus hijos, para poder pagar los impuestos que exigía la Compañía. No se perdonó ni un penique. En otras partes de la India también hubo hambruna, pero los gobernantes intervinieron para proporcionar comedores populares y medidas de socorro. Pero en Bengala, la Compañía no hizo nada; simplemente vio expirar a la gente de inanición. Se mantuvieron las ganancias, pero a costa de la muerte de una quinta parte de todos los bengalíes.

¿Qué paralelismos hay con las grandes corporaciones actuales?

Como hemos visto, *lobbying*, tráfico de influencias, explotación, falta de escrúpulos... son elementos que nos resultan muy actuales pero que vienen de atrás. Sin embargo, a pesar de todo el poder que ejercen hoy las empresas más grandes del mundo, son toros mansos en comparación con la militarizada Compañía de las Indias Orientales. Pero si algo nos enseña la historia en el pulso por el poder entre Estado y las corporaciones es que aunque el primero pueda tratar de regular el funcionamiento de las segundas, estas utilizarán todos los recursos a su alcance para resistir. Al final, todo se reduce al dinero.

¿Qué lecciones podemos aprender?

La CIO era una empresa comercial que se volvió muy poderosa y comenzó a administrar territorio, y ya no tenía que importar lingotes porque cobraba impuestos a los indios y usaba las ganancias para comprar y vender a Gran Bretaña. Sin duda, es la mayor advertencia de la historia sobre el poder de las empresas y su capacidad para cambiar de forma para evitar la legislación.

Las multinacionales, como dijo Elizabeth Warren en sus discursos de campaña, están cambiando tan rápido que necesitamos nuevas leyes para vigilarlas. Y mira lo que pasó con Facebook y el careo entre Alexandria Ocasio-Cortez y Mark Zuckerberg sobre cuáles son exactamente las reglas de la red social sobre censura y hasta qué punto interviene en el proceso político. Estos son temas de enorme relevancia hoy en día y tienen su origen en la primera corporación que se involucró en política, que derrocó Estados, que protagonizó un cambio de régimen en el extranjero y que hizo herramienta común del *lobbying* y del soborno.

¿Cuál diría que es el legado de la Compañía?

Cuando los historiadores hablan del legado del Imperio británico, mencionan la democracia, el té y el cricket. Creo que se puede argumentar poderosamente que hubo una influencia mucho más profunda en el mundo moderno y que fue la empresa de sociedad anónima, que domina nuestras vidas en todo el mundo. La CIO dio forma al mundo empresarial moderno de muchas maneras, que tiene su origen en la mala conducta de la Compañía.

Fuera de la India, la historia de la CIO está dominada por el comercio del opio. En la década de 1800 se cultivaba opio en Bengala y Bihar, en la India, que se enviaba a China, en lo que sin duda fue la operación de narcóticos más grande de la historia. Luego se libraron las Guerras del Opio para preservar el derecho a su venta, lo que llevó a la conquista de Hong Kong. Así, en cierto modo, la compleja situación actual de Hong Kong también es un legado indirecto de la Compañía.

La construcción de imperios desempeñó un papel muy importante en el surgimiento de Occidente.

¿Crees que le llegará el turno a Asia?

Ya ha sucedido. China es la segunda economía más grande del mundo. La única pregunta es cuán rápidamente se pondrá al día la India. A pesar de la actual crisis sanitaria, estoy seguro de que la India dará el salto que ha dado China. Puede que le lleve un poco de tiempo llegar allí. Económicamente, soy un optimista de la India. Políticamente, mucho menos.

ÍNDICE

Mapas

Dramatis personae

Introducción

- 1 1599
- 2 Una oferta que no podrá rechazar
- 3 Barrer con la escoba del saqueo
- 4 Un príncipe de escasa capacidad
- 5 Sangre y confusión
- 6 Asolados por la hambruna
- 7 La desolación de Delhi
- 8 El proceso de Warren Hastings
- 9 El cadáver de la India

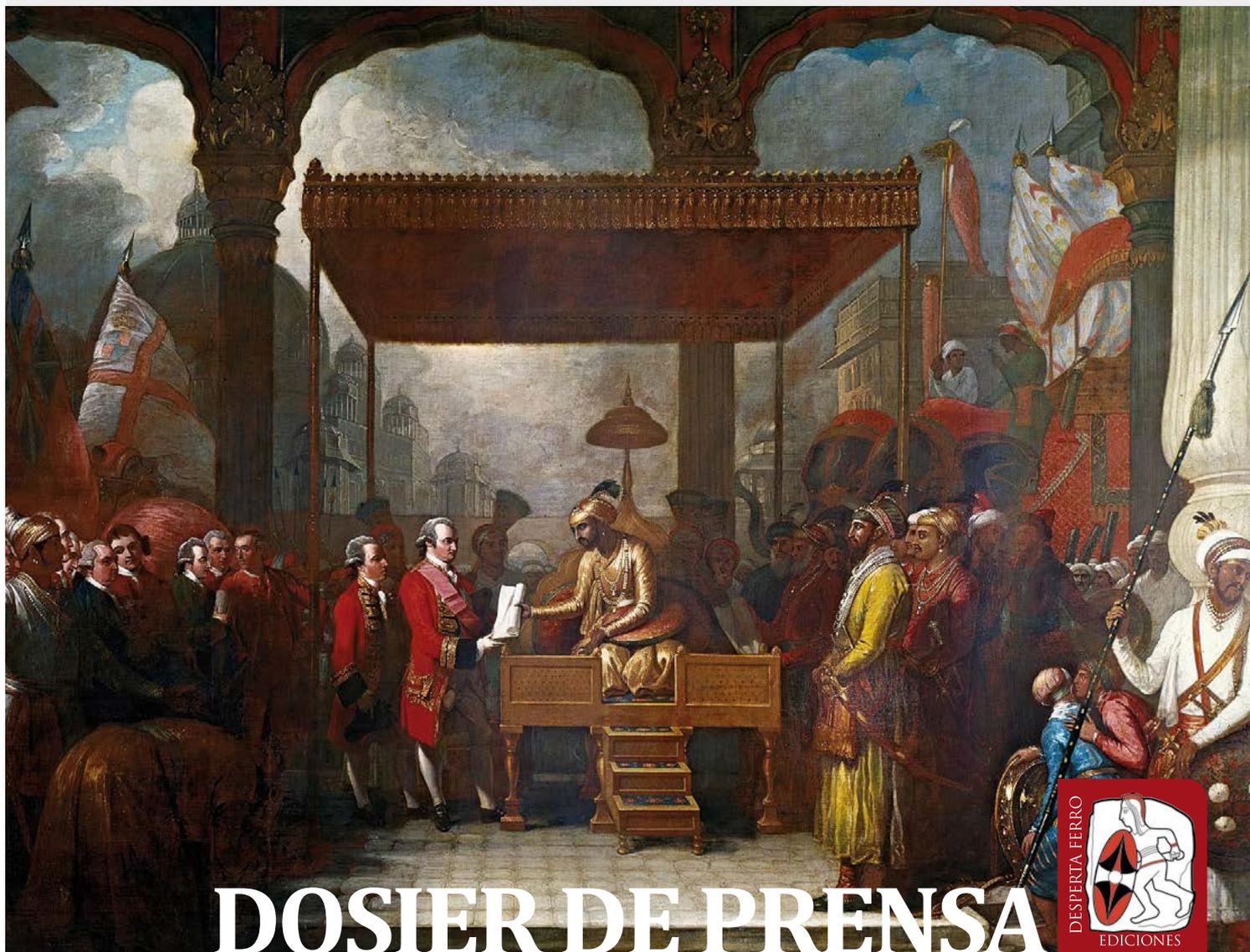
Epílogo

Glosario

Bibliografía

Índice analítico

Shah Alam otorga el diwani a lord Clive (1818). Óleo de Benjamin West (1738-1820). Hoy lo llamaríamos un acto de privatización forzosa. El pergamino es una orden que destituye a los recaudadores de impuestos mogoles de Bengala, Bihar y Orissa y los reemplaza por un grupo de mercaderes ingleses nombrados por Robert Clive –el nuevo gobernador de Bengala– y por los directores de la Compañía, a los que el documento describe en los siguientes términos: «Los altos y poderosos, los más nobles entre los nobles, los caudillos de ilustres guerreros, nuestros fieles servidores y sinceros bienquerientes, dignos de nuestro favor real, la Compañía Inglesa». Desde ese momento, la recaudación de impuestos mogoles fue subcontratada a una poderosa empresa multinacional, cuyas operaciones recaudatorias estaban protegidas por su propio ejército privado.



DOSIER DE PRENSA

INTRODUCCIÓN

Una de las primeras palabras indias que pasó a formar parte de la lengua inglesa fue el término coloquial indostaní para botín: *loot*. Según el *Oxford English Dictionary*, hasta finales del siglo XVIII este vocablo rara vez se utilizaba más allá de las llanuras del norte de la India. Pero, en ese momento, de repente, se convirtió en un término de uso común por toda Gran Bretaña. Para comprender cómo y por qué esta palabra se estableció y floreció en tierras tan distantes, basta con hacer una visita al castillo de Powis, en las Marcas Galesas.

En el siglo XIII, el último candidato al trono galés, Owain Gruffydd ap Gwenwynwyn, de memorable nombre, edificó el castillo de Powis sobre un peñasco fortificado. Esta posesión era su recompensa por ceder Gales al dominio de la monarquía inglesa. Pero su tesoro más espectacular data de un periodo de conquista inglesa muy posterior.

Powis está, simple y llanamente, abarrotado de botín de la India: habitaciones y habitaciones de pillaje imperial sustraído durante el siglo XVIII por la Compañía de las Indias Orientales inglesa (CIO). En esa residencia privada de la campiña galesa hay más piezas mogolas que en ningún otro lugar de la India, incluido el Museo Nacional de Delhi. Entre sus muchos tesoros hay narguilés de oro bruñido con incrustaciones de ébano púrpura; espinelas de Badajés soberbiamente grabadas y dagas cubiertas de pedrería; rubíes centelleantes del color de la sangre de los pichones y multitud de esmeraldas verde lagarto. Hay cabezas de tigres festoneadas de zafiros y topacios dorados; ornamentos de jade y marfil; colgantes de seda bordados con amapolas y lotos; estatuas de dioses hindúes y armaduras elefantinas. Ocupan un lugar de honor dos grandes trofeos de guerra capturados tras la derrota y muerte de sus propietarios: el palanquín que Siraj ud-Daula, nabab de Bengala, abandonó en su huida del campo de batalla de Plassey y la tienda de campaña del sultán Tipu, el Tigre de Mysore.

Tal es el esplendor de estas riquezas que, en mi visita del verano pasado, estuve a punto de perderme el enorme lienzo enmarcado que explica cómo había llegado hasta allí todo aquel botín. El cuadro pende en la penumbra, sobre el dintel de una cámara de madera situada al final de

William Fullarton, probablemente en la corte de Mir Qasim (ca. 1760-1764). Fullarton fue un popular cirujano y esteta escocés y uno de los pocos que sobrevivieron a la masacre de Patna. Fue salvado gracias a la intervención personal de su viejo amigo, el historiador Ghulam Husein Khan. Obra de Dip Chand (siglo XVIII).

una oscura escalera de roble. No es una obra maestra, pero vale la pena estudiarla con detalle. Muestra a un afectado príncipe indio, vestido con tejido de oro, sentado en su trono elevado bajo un palio de seda. A su izquierda, permanecen en pie oficiales de su ejército, armados con cimitarras y lanzas, y a su derecha se ve un grupo de caballeros de época georgiana con sus pelucas empolvadas. El príncipe entrega de buen grado un pergamino en manos de un inglés, algo obeso y vestido con una casaca roja.

El cuadro representa una escena que tuvo lugar en agosto de 1765, cuando el joven emperador mogol, Shah Alam, exiliado de Delhi y derrotado por las tropas de la Compañía de las Indias Orientales, se vio obligado a lo que hoy denominaríamos un acto de privatización forzosa. El pergamino es una orden que destituye a los recaudadores de impuestos mogoles de Bengala, Bihar y Orissa y los reemplaza por un grupo de mercaderes ingleses nombrados por Robert Clive –el nuevo gobernador de Bengala– y por los directores de la Compañía, a los que el documento describe en los siguientes términos: «Los altos y poderosos, los más nobles entre los nobles, los caudillos de ilustres guerreros, nuestros fieles servidores y sinceros bienquerientes, dignos de nuestro favor real, la Compañía Inglesa». A partir de ese momento, la recaudación de impuestos mogoles fue subcontratada a una poderosa empresa multinacional, cuyas operaciones recaudatorias estaban protegidas por su propio ejército privado.



CAPÍTULO 1

1599

Siempre es un error leer la historia *a posteriori*. Hoy sabemos que la Compañía de las Indias Orientales (CIO) llegó en un futuro a controlar casi la mitad del comercio mundial y se convirtió en la corporación más poderosa de la historia. Como expresó Edmund Burke en una célebre frase, la compañía era «un Estado disfrazado de mercader». Visto de forma retrospectiva, el ascenso de la Compañía parece casi inevitable. Pero no era esto lo que parecía en 1599, pues, en el momento de su fundación, pocas empresas parecían tener menos perspectivas de éxito. En aquella época, Inglaterra era un país relativamente empobrecido y en su mayor parte agrícola, que había pasado casi un siglo en guerra consigo mismo por el asunto más controvertido de la época: la religión.⁸ Durante estas luchas, los ingleses se habían separado de forma unilateral de la institución más poderosa de Europa, un acto que a muchas de sus mentes más preclaras les pareció una automutilación deliberada. A ojos de un gran número de europeos, Inglaterra era poco más que una nación paria. Los ingleses, aislados de sus sorprendidos vecinos, se vieron obligados a recorrer el globo en busca de nuevos mercados y oportunidades comerciales lejanas. Y a eso se entregaron con entusiasmo pirático.

Sir Francis Drake marcó la pauta. Drake se había labrado un nombre como bucanero durante la década de 1560 con asaltos a recuas de mulas que transportaban plata española desde las minas a los puertos del istmo de Panamá. Gracias a los beneficios de estas incursiones, Drake se embarcó en 1577 en la circunnavegación del planeta en el *Golden Hinde*, una travesía que duró tres años. Era la tercera vez que se intentaba un viaje alrededor del globo; esto fue posible gracias a los últimos avances en brújulas y astrolabios, así como por el empeoramiento de relaciones con España y Portugal.⁹ Drake se había hecho a la mar «con grandes expectativas de obtener oro [y] plata [...] especias, cochinilla». Su viaje fue sostenido gracias a incursiones puntuales contra el tráfico mercante ibérico. Tras capturar una carraca portuguesa particularmente

rica, Drake retornó a Inglaterra con un cargamento «rebotante de oro, plata, perlas y piedras preciosas» valoradas en 100 000 libras.* Fue uno de los viajes de descubrimiento más provechosos. El hostigamiento y saqueo de los imperios ibéricos, más antiguos y más ricos, que controlaban la América central y meridional, contaba con la autorización de la Corona. Esta práctica era, en esencia, una especie de crimen organizado sancionado por el Estado isabelino y controlado por los oligarcas de Whitehall y Charing Cross. Cuando el rival de Drake, *sir Walter Raleigh*, y su tripulación retornaron de una de sus expediciones, el embajador español los calificó de inmediato de «piratas, piratas, piratas».¹⁰

Muchos de los que el embajador español habría calificado como tales estaban presentes aquel día en Founders' Hall. Los futuros inversores de la Compañía sabían que este grupo de marinos y aventureros, por más talentosos que fueran para la piratería, aún tenían que demostrar su pericia en la ocupación del comercio a larga distancia, más exigente, o para la fundación y sostenimiento de colonias. De hecho, en comparación con sus vecinos europeos, los ingleses eran meros aficionados en ambas tareas.

Su búsqueda del legendario paso del Noroeste hacia las islas de las Especias se había saldado en un desastre: no fueron a parar a las Molucas, como habían previsto, sino al borde del círculo polar ártico. Sus galeones acabaron encallados en la banquisa, sus castigados cascos fueron horadados por icebergs y sus tripulaciones despedazadas por los osos polares.¹¹ En 1599 tampoco habían sido capaces de proteger los asentamientos protestantes de Irlanda, sometidos a fuertes ataques. Los intentos ingleses de imponerse en el comercio de esclavos del Caribe no habían llegado a ninguna parte y el proyecto de establecer una colonia inglesa en Norteamérica se había saldado con un completo desastre.

* N. del A.: Más de 10 millones de libras actuales.

CAPÍTULO 2

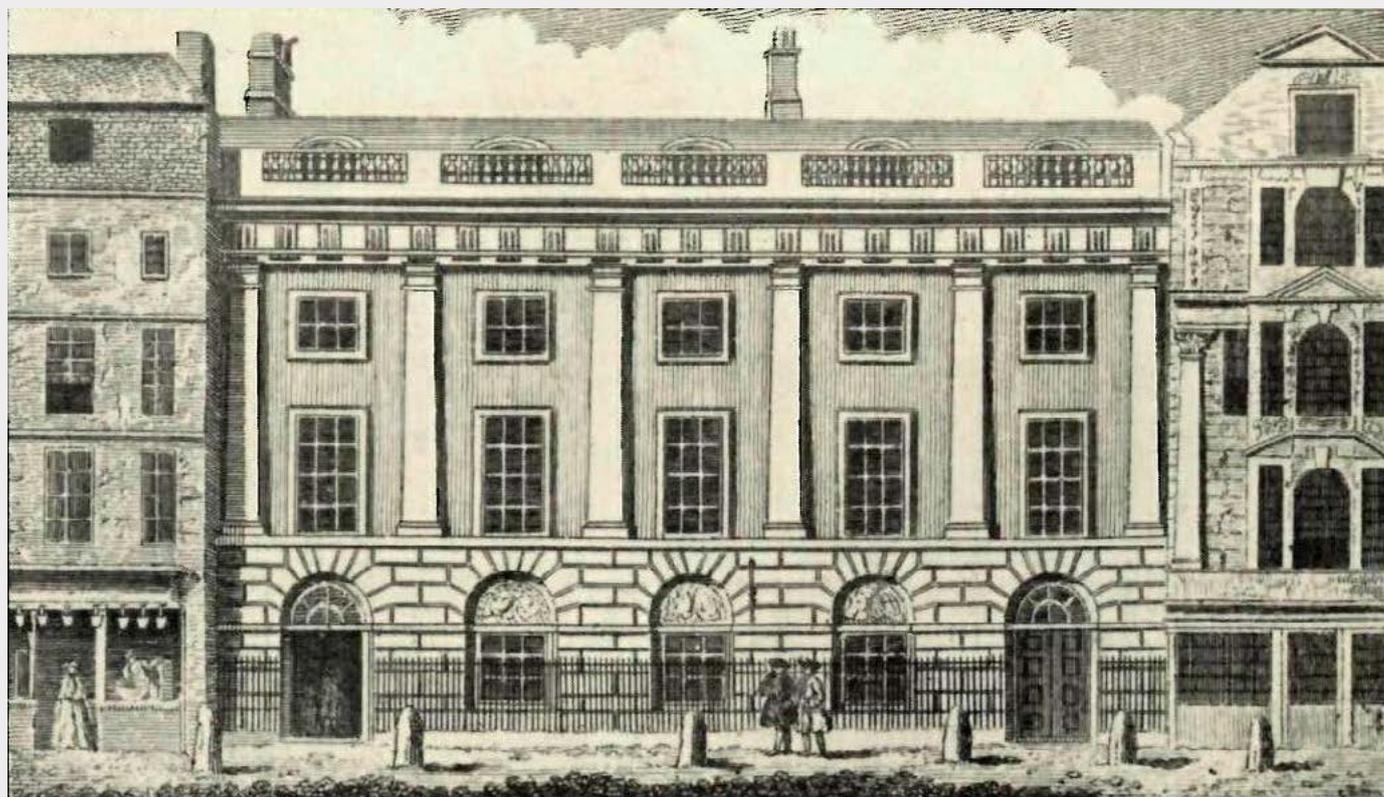
UNA OFERTA QUE NO PODRÁ RECHAZAR

Algunos meses antes de que los directores remitieran el informe de inteligencia a Calcuta, un joven político fue convocado a una reunión en ese mismo salón de juntas de la sede de la Compañía de las Indias Orientales. Hasta un día antes, este había sido miembro del Parlamento por una circunscripción de Cornualles, pero había sido expulsado sin mayor ceremonia a causa de unas supuestas irregularidades electorales. Los directores no dudaron en aprovechar la oportunidad y convocaron a aquel joven, hosco y lacónico, pero dotado de una ambición feroz y un arrojo fuera de lo común. Reunidos en consejo formal, hicieron a Robert Clive una oferta de empleo que no podría rechazar.

La sede de la Compañía acababa de ser restaurada con arreglo al estilo georgiano en boga, pero seguía pasando desapercibida para los transeúntes. El nuevo edificio, de fachada plana y alejada de la calle detrás de una valla, tan solo tenía dos plantas de alto –es de-

cir, era mucho más bajo que los edificios a uno y otro lado– y cinco ventanas de anchura. Era una estructura inesperadamente modesta para lo que, al fin y al cabo, constituía el cuartel general de la organización comercial más grande, más rica y compleja del mundo, cuyos directores ejercían un poder político y financiero solo inferior al de la Corona.

Este anonimato no era fortuito. La Compañía, a la cual le había sido muy útil comportarse en la India con gran ostentación, también había visto las ventajas de ocultar su inmensa riqueza en el otro extremo de su red de negocios, esto es, en Londres. En 1621, dos décadas después de su fundación, la Compañía seguía operando desde la casa de *sir* Thomas Smythe, su gobernador, con un personal fijo compuesto por solo media docena de miembros.⁴ Hasta 1648, la Compañía no se trasladó a Leadenhall Street, cuando se instaló en una humilde casa de estrecha fachada y cuya primera



La nueva Casa de las Indias Orientales (1780). El cuartel general de la Compañía en Leadenhall Street, Londres, después del remodelado en estilo palladiano de principios del siglo XVIII. Un viajero portugués señaló en 1731 que «está magníficamente construida, con una fachada de piedra que da a la calle. Pero, al ser el frente muy estrecho, su apariencia no corresponde en absoluto con la grandeza de la casa que alberga su interior». Al igual que el poder que tenía la Compañía de las Indias Orientales, la apariencia modesta de la Casa era profundamente engañosa.

planta estaba decorada con imágenes de galeones que surcaban el mar a toda vela. En 1698, un transeúnte que pasaba por allí preguntó quién habitaba el edificio. Se le respondió que eran «hombres con grandes faltriqueras y ambiciosos designios».⁵

Poco tiempo después, la Casa de las Indias Orientales (East India House) fue remozada con arreglo al estilo palladiano. En 1731, un viajero portugués observó que la sede «está magníficamente construida, con una fachada de piedra que da a la calle. Pero, al ser el frente muy estrecho, su apariencia no corresponde en absoluto con la grandeza de la casa que alberga su interior, que cubre una gran extensión de terreno. Sus oficinas y almacenes están admirablemente bien concebidas. Tiene un salón de actos y sala de juntas en absoluto inferior a ningún otro salón de naturaleza similar de la ciudad».⁶ Como ocurría con tantos otros aspectos del poder de la Compañía de las Indias Orientales, la apariencia modesta de la Casa de las Indias Orientales era profundamente engañosa.

En el interior, más allá de la recepción, se hallaba la sección administrativa principal: un laberinto de salas cuyas estanterías crujían bajo el peso de legajos, archivos, documentos y registros, en las que trabajaban 300 administrativos, notarios y contables que anotaban cifras en enormes libros de cuentas encuadernados en cuero. Había también salas de reuniones de diversos tamaños, la más grande de ellas era la sala de juntas de los directores, conocida como la cámara del consejo. Era allí donde se celebraban las reuniones más importantes, se redactaban las cartas que se enviaban a la India, se debatían los cargamentos de ida y vuelta de los cerca de 30 envíos anuales de la Compañía y se calculaban y evaluaban las ventas, que oscilaban entre 1,25 y 2 millones de libras anuales.

Desde esas habitaciones se dirigía un negocio que, hacia la década de 1750, había alcanzado unas dimensiones sin precedentes. De una cifra total para toda Gran Bretaña de 8 millones de libras de importaciones, la Compañía generaba cerca de 1 millón de libras. Las ventas de té, por sí solas, ascendían a medio millón de libras esterlinas, lo cual representaba la importación de unos 3 millones de libras [1,3 toneladas] de hoja de té. El resto de los ingresos de la CIO correspondía a las ventas de salitre, seda, *palampores* (colchas) bellísimamente estampados y tejidos de algodón de lujo, de los cuales se importaban al año alrededor de 30 millones de yardas cuadradas [27,4 millones de metros cuadrados].⁷ En 1708, se estableció que las acciones de la CIO sumaban 3,2 millones de libras, con 3000 accionistas, que ganaban un dividendo anual del 8 por ciento. Cada año se vendían y compraban 1,1 millones de libras de acciones de la CIO, aproximadamente.⁸ La CIO tenía dinero en abundancia y empleaba su solvencia para obtener préstamos masivos. En 1744, su deuda ascendía a 6 millones de libras.* Solo en derechos de aduana pagaba cada año al Gobierno casi la tercera parte de un millón. Dos años antes, en 1754, a cambio de conceder al Gobierno un préstamo de 1 millón de libras esterlinas, el privilegio de la CIO fue prorrogado hasta 1783, con lo que se garantizaba su provechoso monopolio del comercio con Asia durante al menos treinta años. De acuerdo con los estándares del siglo XVIII, era un gigante económico, la organización capitalista más avanzada del mundo.⁹

* N. del A.: Las cifras actuales equivalentes son: 1,25 y 2 millones de libras = 130 y 210 millones de libras; 1 millón de libras = 105 millones de libras; 8 millones de libras = 840 millones de libras; 3,2 millones de libras = 336 millones de libras; 1,1 millones de libras = 115 millones de libras; 6 millones de libras = 630 millones de libras.



Naves de la Compañía de las Indias Orientales (ca. 1660). Autor desconocido.

CAPÍTULO 3

BARRER CON LA ESCOBA DEL SAQUEO

«Enumeraría lo que la Compañía ha perdido en este triste asunto –escribió el capitán Renny–, mas es imposible, pues la pérdida presente es inmensa. Pero las consecuencias serán aún peores si no se corrige de inmediato».

Los cargamentos que se esperan de Inglaterra quedarán sin vender y los buques incurrirán en grandes costes de demora, y lo mismo cabe esperar la próxima temporada. El salitre y la seda cruda que necesitamos deberán ser ahora comprados a alto precio a los neerlandeses, franceses, prusianos y daneses, al igual que las muselinas de Dacca [...] con lo que tendremos una gran pérdida de ingresos.

Las otras regiones de India también sufrirán los efectos de la pérdida de Calcuta, pues, si no me equivoco, la costa de Coromandel y Malabar, el golfo de Persia y el mar Rojo, e incluso Manila, China y la costa de África, recibían de Bengala algodón, pimienta, drogas, frutas, conchas marinas, cauríes, estaño, etc. Y también recibían de Bengala mercancías que necesitaban, como seda cruda y sus diversas manufacturas, opio, grandes cantidades de tejido de algodón, arroz, jengibre, cúrcuma, pimienta larga etc., así como muchos otros bienes de todas clases.²⁵

La noticia de la caída de Kasimbazar y una primera petición de apoyo militar llegaron a Madrás el 14 de julio. No fue hasta más de un mes después, el 16 de agosto, cuando arribó la nueva del asalto exitoso de Siraj ud-Daula contra el Fuerte William. En circunstancias normales, Madrás habría enviado una delegación a Murshidabad, habrían tenido lugar negociaciones, se habrían presentado disculpas y garantías, se habría pagado una indemnización y el comercio habría continuado como de costumbre, para beneficio de ambas partes. Pero, en esta ocasión, no por buena planificación sino por casualidad, había una segunda opción.

El destino había dispuesto que Robert Clive y tres regimientos de la Real Artillería acabasen de llegar en ese momento a la costa de Coromandel, al Fuerte St. David, al sur de Madrás, a bordo de la flotilla de navíos de guerra del almirante Watson. Estas

fuerzas venían a combatir a los franceses, no al nabab de Bengala, y en los debates subsiguientes varios miembros del Consejo de Madrás adujeron que la flota debía permanecer en Coromandel para protegerla de la flotilla francesa, que se creía que venía desde Port Lorient. La llegada de esta, así como la noticia del estallido de la guerra, se esperaba de un momento a otro. Varios miembros del Consejo argumentaban, no sin razón, que, tras haber perdido un importante puesto comercial, sería una negligencia extrema por parte de la Compañía arriesgarse a perder un segundo.

Además, el almirante Watson, en tanto que fiel servidor de la Corona, consideraba que su misión era defender los intereses nacionales británicos contra los franceses, no defender los intereses económicos de la Compañía contra los gobernantes locales. Pero Clive no tenía intención de dejar pasar su gran oportunidad, en particular porque había perdido cantidades importantes, tanto en inversiones directas en Bengala como en acciones de la Compañía, y defendió con éxito la adopción de una línea de acción más agresiva; logró convencer a los demás miembros del Consejo y persuadió a Watson para que viniera con él, junto con sus cuatro buques de línea y una fragata. Watson tan solo insistió en esperar hasta el inicio del monzón, a principios de octubre, después de lo cual era menos probable que los franceses se arriesgasen a salir a mar abierto. Esto les concedería un plazo de gracia de varios meses con los que restablecer la posición británica en Bengala sin dejar Coromandel en un estado de indefensión criminal.²⁶

Pocas semanas más tarde, Clive escribía triunfal a su padre: «Esta expedición, de ser coronada por el éxito, me permitirá hacer grandes cosas. Es, con diferencia, la más grande de mis empresas. Marcho a ella con grandes fuerzas y gran autoridad». A sus jefes de Leadenhall Street se dirigió en términos más mesurados y menos egocéntricos: «Honorable caballeros –escribió– les habrán llegado por numerosas fuentes la noticia de la captura de Calcuta por los moros y de la cadena de infortunios que ha recaído sobre la Compañía en particular y la nación en general».

Los pechos de todos están llenos de congoja, horror y resentimiento [...] en esta ocasión melancólica, el gobernador y el consejo consideraron adecuado enviarme a este lugar.



Robert Clive se encuentra con Mir Jafar tras la batalla de Plassey (ca. 1762). Óleo de Francis Hayman (1708-1776).

Tan pronto como se decidió el envío de la expedición, ofrecí mis servicios, que fueron aceptados, y estoy en posición de embarcarme a bordo del escuadrón de Su Majestad con un excelente cuerpo de [soldados] europeos, llenos de ánimo y rencor por los insultos y barbaridades infligidos a tantos súbditos británicos. Me permitiré aventurar que esta expedición no solo acabará con la reconquista de Calcuta, sino que la hacienda de la Compañía en esos confines quedará en una situación mejor y más duradera que nunca.²⁷

En Madrás, el selecto comité compartía las ambiciones de Clive: «La reconquista de Calcuta, consideramos, no debe ser el fin de la empresa –escribieron a primeros de octubre a los directores de Londres–. No solo deberá restablecer los asentamientos y factorías [de la CIO en Bengala], sino también restituir todos sus privilegios y obtener amplia reparación por las pérdidas soportadas. De no ser así, consideramos que sería mejor no intentar nada, pues lo único que se lograría sería añadir el oneroso coste de este armamento a la pérdida anterior, sin garantizar que sus colonias y su comercio estén a salvo de futuros insultos y exacciones».²⁸

CAPÍTULO 4

UN PRÍNCIPE DE ESCASA CAPACIDAD

Pero la Compañía, lejos de ayudar a Mir Jafar, minaba la economía que la sostenía, con lo que estrangulaba el cuello de la proverbial gallina bengalí de los huevos de oro. Tras Plassey se expandieron por toda Bengala comerciantes ingleses independientes, que coparon los mercados e impusieron su autoridad de una forma que habría sido imposible antes de la revolución. Hacia 1762, no menos de 33 de esos negocios privados habían establecido más de 400 nuevos puestos comerciales británicos por toda la provincia. Estos nuevos



Mir Jafar Khan (ca. 1760) era un soldado de fortuna *árabe* sin educación que había participado en muchas de las victorias más cruciales de Aliverdi contra los marathas y que dirigió los exitosos ataques en Calcuta de Siraj ud-Daula en 1756. Se unió a la conspiración tramada por los Jagat Seth para reemplazar a Siraj ud-Daula y se convirtió en el gobernante títere de Bengala por capricho de la Compañía de las Indias Orientales. Robert Clive lo describió con acierto como «un príncipe de escasa capacidad». Autor desconocido.

puestos desafiaban el poder de las autoridades locales, se negaban a pagar las escasas tasas, tributos y aranceles que todavía tenían que abonar y se adentraban en territorios a los que no tenían derecho a acceder. De este modo, devoraron la economía de Bengala como una invasión de termitas deshace una estructura de madera robusta en apariencia.¹⁶

«Empezaron a comerciar con artículos que estaban antes prohibidos y a interferir en los asuntos del país», escribió Henry Vansittart, joven brillante pero pusilánime. Amigo de Hastings, había reemplazado a Clive en el puesto de gobernador, desde el que trataba, con escaso éxito, de contener los abusos. «El nabab se quejaba con mucha frecuencia».¹⁷ Algunos de estos comerciantes operaban a gran escala: en 1762-1763, Archibald Keir empleaba a 13 000 hombres para manufacturar 12 000 toneladas de sal, cuando su comercio estaba prohibido para todo el mundo, a excepción de para el nabab.¹⁸

Los responsables de la Compañía no fueron los únicos que aprovecharon la situación para hacer fortuna por medio de la fuerza. La Compañía ponía pases, permisos y cipayos a disposición de todo aquel que pagase su precio. Mir Jafar se quejó con especial insistencia de un mercader francés que había conseguido de la Compañía varios *dastak* (pases) y un batallón de cipayos para imponer ventas a la gente de Assam «de forma muy violenta y arbitraria».¹⁹ Según su compatriota, el conde de Modave, M. Chevalier «llevó a la rica provincia de Assam un gran cargamento de sal y otros artículos, escudándose en pases ingleses y una escolta de cipayos para proteger su mercancía. Empleó su escolta armada para facilitar la venta de sus bienes; tan pronto como se hubo establecido en el valle, envió a sus soldados a los habitantes más ricos y les obligó de forma violenta a comprar cantidades de sal a precios determinados por él mismo. También empleó la violencia para vender el resto de sus mercancías».²⁰

Modave observó que, cuanto más se alejaba uno de Calcuta, peor era la situación: «Un europeo que visite el curso alto del Ganges hallará a cargo de los asuntos de la Compañía a meros ladrones que no tienen el menor problema en cometer los más atroces actos de tiranía, o a malhechores cuya villanía despreciable deshonra a la nación británica, pues parecen haber desechado por completo todo principio de honor y humanidad».

CAPÍTULO 5

SANGRE Y CONFUSIÓN

Buxar fue una batalla breve y confusa, aunque sangrienta. Las fuerzas de la Compañía sumaron 850 muertos, heridos o desaparecidos de 7000 hombres que llevó al campo de batalla. Esto es más de una octava parte del total. Las pérdidas mogolas fueron muy superiores, tal vez en torno a los 5000 muertos. El resultado de la lid fue incierto durante largo tiempo. Es por esto que constituyó una de las batallas más decisivas de la historia de la India, más incluso que la batalla de Plassey, más célebre y librada siete años antes.

Los tres grandes ejércitos del universo mogol se habían unido para derrotar a la Compañía y expulsarla de la India. Pero cayeron derrotados y la Compañía se erigió



en la fuerza militar dominante en el nordeste de la India. Buxar consolidó el dominio de Bengala y de la costa y abrió el camino para que la Compañía se extendiera tierra adentro, en dirección al oeste. La Compañía, que había comenzado siendo una empresa dominada por corsarios y antiguos piratas del Caribe, ya había experimentado una primera transformación: ser una respetable corporación mercantil internacional, con un valor tan consolidado que sus acciones se consideraban casi un tipo de divisa internacional. Ahora, la Compañía volvía a transformarse por segunda vez. De ser un instrumento mercantil que operaba desde enclaves costeros dispersos, se había convertido en el gobernante de un rico imperio en expansión de la Asia meridional.

Fue este momento, más que en ningún otro, en el que la corporación mercantil logró sentar los cimientos de su conquista territorial de la India. De la crisálida de un emporio comercial había surgido una potencia imperial autónoma, apoyada por un gran ejército, más grande que el de la Corona británica, que ahora se disponía a ejercer control administrativo sobre 20 millones de indios. Un organismo mercantil se había transformado en el soberano *de facto* de la mayor parte de la India septentrional. Como manifestó un observador de la época: «Tras muchas e inesperadas contingencias, una sociedad privada de comerciantes [se ha convertido] en un gabinete de príncipes asiáticos».⁶⁵ El resultado de esto fue calificado por Adam Smith de «extraña absurdidad»: un Estado compañía.⁶⁶

Veinte años más tarde, el comerciante de té y viajero Thomas Twining hizo un alto en su travesía por el Ganges para visitar el campo, ahora vacío, de la batalla de Buxar. Twining escribió en su diario que «podría decirse que aquí termina la extraordinaria serie de logros militares que situó a las mejores regiones de Asia bajo el dominio de mercaderes británicos, que arribaron a las costas de la India como aventureros menesterosos. Existen en la historia muy pocos acontecimientos más notables que tales hechos. Unos resultados tan desproporcionados a los medios causantes son del todo inexplicables».⁶⁷

Twining tenía razón. La Compañía lo había apostado todo... y había ganado. El Imperio mogol yacía a sus pies, completamente derrotado. El escenario estaba dispuesto para la absorción empresarial más extraordinaria de la historia.⁶⁸

Cipayo del ejército de Madrás, ca. 1843, Auguste Wahlen (1801-1875).

CAPÍTULO 6

ASOLADOS POR LA HAMBRUNA

Mientras Bengala era devastada por la hambruna y «la mayor parte de su tierra [estaba] sin cultivar [...] a causa de la falta de habitantes», en Londres, los accionistas de la Compañía, satisfechos de que los ingresos impositivos se mantuvieran en niveles normales y el precio de las acciones estuviera en su nivel más alto de todos los tiempos –más del doble con respecto a la época anterior al *Diwani*– lo celebraron votando un dividendo sin precedentes del 12,5 por ciento.²⁹

Los accionistas no sabían que este iba a ser uno de los precios más altos al que jamás llegarían las acciones de la Compañía. También ignoraban que a esto le seguiría un largo periodo de infortunios sin precedentes –financieros, políticos y militares– que causarían un daño inmenso a la CIO, tanto en Gran Bretaña como en el extranjero, y que la dejarían al borde de la bancarrota y de la liquidación definitiva.

Ya a finales de 1771 había un cambio de tono en Londres. Corrían historias de la inhumanidad de la Compañía en Bengala: el número de muertos y moribundos era demasiado inmenso como para ocultarlo. Las cartas de Horace Walpole reflejan el descubrimiento gradual de que, tras los ingentes beneficios de la CIO, había algo profundamente podrido en las operaciones indias de la Compañía. «Los gemidos de India han ascendido a las alturas –escribió–, allí donde el general nacido en el cielo [Clive] será, sin duda, repudiado».

¡Somos peores que los españoles en el Perú! Fueron carniceros, pero, por más diabólico que fuera su empeño, lo fueron por principios religiosos. Nosotros hemos asesinado, depuesto, saqueado, usurpado. ¿Qué tenéis que decir al hecho de que la hambruna de Bengala, en la que han perecido tres millones de personas, haya sido provocada por el

acaparamiento de alimentos de los funcionarios de la Compañía de las Indias Orientales? Todo esto va a salir a la luz, está saliendo a la luz [...] a no ser que el oro que inspiró tales horrores pueda silenciarlo.³⁰

Sus palabras hallaron eco en la Cámara de los Lores. Lord Chatham, esto es, el antiguo primer ministro, William Pitt, procedía de una dinastía que hizo su fortuna en la India; su padre, Diamond Pitt, amasó, cuando era gobernador de Madrás, la fortuna que hizo posible la carrera política de Pitt. Aunque a este no le gustaba que se lo recordasen. Hizo sonar la alarma: la CIO estaba importando sus prácticas corruptas desde la India hasta los mismísimos escaños de la madre de todos los parlamentos. «Las riquezas de Asia han sido derramadas sobre nuestras cabezas –declaró en el Parlamento británico– y no solo han traído lujo asiático, sino también, me temo, principios de gobierno asiáticos. Los importadores de oro extranjero, sin contactos ni intereses naturales en el terreno, se han abierto camino hasta el Parlamento por medio de un torrente tal de corruptelas que ninguna fortuna hereditaria privada podía resistir».³¹

A principios de 1772, el *London Post* publicó una serie de artículos que revelaban de forma explícita los crímenes y asesinatos que se atribuían a la Compañía en India.³² En abril, la *Gentleman's Magazine*, la misma publicación que había editado el artículo de Debrit acerca de la hambruna de Bengala, advirtió de que la CIO podría repetir «en esta isla [Gran Bretaña] las mismas crueldades que han deshonrado a la humanidad y hecho llover la sangre de inocentes nativos sobre las planicies de la India [...] ¡abajo ese resto de poder inconstitucional, la Compañía de las Indias Orientales, la despótica corporación de comerciantes de Indias!».³³

CAPÍTULO 8

EL PROCESO DE WARREN HASTINGS

Al mediodía del 13 de febrero de 1788, al mismo tiempo que Ghulam Qadir se disponía a asaltar Delhi, grandes multitudes se reunieron frente al Parlamento de Londres para ver a los miembros de la Cámara de los Lores entrar en procesión en Westminster Hall para el proceso de Warren Hastings.

Los pocos asientos reservados para el público cambiaban de propietario por sumas notables, hasta 50 libras.* Aun así, había tanta gente que quería entrar que, como observó uno de los responsables del proceso [*impeachment*], la audiencia «se apelotonaba en la puerta hasta las nueve, hora en que se abren las puertas, y entonces todos entran a la carrera, como las que tienen lugar en el teatro cuando Garrick interpreta al rey Lear [...] las damas están vestidas y presentes en el patio del palacio a las seis [de la mañana] y se sientan de nueve a doce, hora en que comienza el asunto [...] algunas personas, y creo que incluso algunas damas, duermen en los cafés se las inmediaciones de Westminster Hall, para asegurarse de estar puntuales en la puerta».¹

Además de los 170 lores, había jueces empelucados y cubiertos con armiños, leguleyos de oscuras togas en representación de ambas partes y 200 miembros de la Cámara de los Comunes. La reina, «vestida de satén beis con un tocado sencillo, ornamentado por un leve toque de diamantes», ocupó su lugar en el Royal Box junto con su hijo y dos de sus hijas, la duquesa de Gloucester y su séquito, entre los que se contaban los duques de Cumberland, Gloucester y York. También estaba el príncipe de Gales, acompañado por Charles James Fox. Entre los que hicieron cola para poder entrar figuraban la gran actriz y cortesana Sarah Siddons, Joshua Reynolds, la escritora Fanny Burney y el historiador Edward Gibbon.

Por más teatral que fuera la ocasión –de hecho, uno de los fiscales era el dramaturgo Richard Brinsley Sheridan– no solo se trató del espectáculo político más fastuoso de la época de Jorge III. También supuso el momento en que los británicos estuvieron más cerca

de someter a juicio al Imperio indio de la Compañía. Y lo hicieron con uno de sus mejores oradores, el estadista *whig* y teórico político anglo-irlandés Edmund Burke, que recibió el apoyo de su rival, Charles James Fox, mucho más radical, pero no menos elocuente. A Warren Hastings se le acusaba nada menos que de la violación de la India, o, por usar las palabras del discurso inicial de Burke, se le incriminaba la comisión de «injusticia y traición a la fe de las naciones»:

Diversos tipos de extorsión y otros ejemplos de mala administración [...] el empobrecimiento y la despoblación de todo el país [...] un ejercicio de autoridad injusto, premeditado y pernicioso [...] la destrucción de la antigua administración del país [...] crueldades inauditas y devastaciones inenarrables [...] crímenes surgidos de las peores inclinaciones del hombre: avaricia, rapacidad, orgullo, crueldad, maldad, soberbia, ignorancia, ferocidad, traición, crueldad, temperamento maligno [...] en breve, todo aquello que constituya la extinción total de todo principio moral y de todo lo que no manifieste una negrura inveterada de corazón, el más negro de los corazones, un corazón corrompido y gangrenado hasta el fondo [...] hemos traído ante vuestra presencia a su jefe, al Capitán General de la Iniquidad, la encarnación de todos los fraudes, estafas, violencia y tiranía de la India.²

Hastings, explicó Burke, era, simple y llanamente, un criminal: «Es un ladrón. Roba, hurta, saquea, oprime, extorsiona». Hastings era «un catedrático, un doctor en la disciplina» del crimen.³ Pero su exposición revelaría cosas aún peores: Hastings, dijo Burke, también era «una rata», «una comadreja», «el guardián de una zahúrda que se revuelca en la corrupción» [...] «Como una bestia salvaje, gruñe sobre los muertos y los moribundos».⁴

* N. del A.: 5250 libras actuales.

CAPÍTULO 9

EL CADÁVER DE LA INDIA

La conquista de Delhi por parte de la Compañía fue, desde cualquier punto de vista, un momento de enorme significación.

[...]

Para la Compañía, también esta fue una ocasión histórica, la culminación de su larga lucha para derrotar a los marathas y arrebatárles el control del antiguo Imperio mogol. Al mismo tiempo, también representaba el acto final de la penetración gradual de la Compañía en el sistema mogol. Durante este proceso, una corporación accionarial de la City londinense se apropió poco a poco del poder del imponente Imperio mogol y ya con Wellesley asumió, en cierto modo, los símbolos de su grandeza.

En último término, la Compañía impuso su predominio al situarse en la posición de regente del emperador mogol, lo cual le proporcionaba cierta legitimidad ante los indios al amparo de la legalidad imperial. En fecha tan tardía como 1831, el reformista bengalí Raja Rammohan Roy insistía en que «la mayor estabilidad del poder del Gobierno británico se consiguió gracias a la amistad agradecida del monarca, quien, aunque carecía de posesiones territoriales, seguía siendo considerado por las naciones del Indostán la única fuente legítima de honores o poder».¹⁶⁹ La Compañía comprendió la importancia de infiltrarse en el sistema mogol en lugar de limitarse a destruirlo o abolirlo.

Wellesley declaró a los directores: «Me aterra que en Inglaterra se sospeche» que tenía intención de «colocar a la Compañía de las Indias Orientales, de forma directa o indirecta, en el trono de los mogoles».¹⁷⁰ Aunque, en realidad, eso era exactamente lo que había hecho. En menos de cincuenta años, una corporación multinacional se había hecho con el control de casi todo el antiguo Imperio mogol. También había creado, llegada esta fase, una administración y un complejo funcionariado civil, había construido buena parte de los muelles de Londres y estaba cerca de generar la mitad del comercio británico. Su gasto anual, solo en Gran Bretaña –alrededor de 8,5 millones de libras–* equivalía a cerca de una cuarta parte del gasto anual total del Gobierno británico.¹⁷¹ No resulta en absoluto sorprendente que la Compañía se refiriera a sí misma como «la sociedad mercantil más grande del universo». Sus ejércitos tenían más tamaño que los de casi todas las naciones Estado y su poder abarcaba todo el globo. De hecho, sus acciones se consideraban algo así como un divisa refugio global. Como escribió Burke: «La constitución de la Compañía comenzó siendo comercio y acabó siendo imperio», o más bien, como admitió uno de sus directores, como «un imperio dentro de un imperio».¹⁷²

* N. del A.: 890 millones de libras actuales.

Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA

